

I.

VIAJE AL HARZ.

(1824.)

*Nada tan duradero como el cambio;  
nada tan constante como la muerte.  
Cada latido del corazón nos abre una  
herida, y la vida sería una eterna  
pérdida de sangre, si la poesía no  
existiese. Ella nos cumple lo que la  
Naturaleza nos promete: una edad de  
oro que no se oxida, una primavera  
que no se desflora, una dicha sin nubes  
y una juventud eterna.*

BÖRNE.

## VIAJE AL HARZ <sup>(1)</sup>.

---

¡Trajes negros, medias finas,  
Blancos puños de etiqueta,  
Dulces frases, mucho abrazo.....  
Corazones ¡ay! tuvieran!

¡Corazones en el pecho,  
Do el amor les encendiera!  
Me mata ese garrulismo  
Que acentos de amor remeda.

Trepar quiero á las montañas,  
Do se alzan chozas benéficas,  
Do libre el pecho respira  
Y el aura libre refresca.

---

(1) Pronúnciese *Járts*. Es el primer elemento del apellido de nuestro ilustre *Harz-en-busch*=espinar del *Harz*, y que debía pronunciarse *Jártsenbüsch*, con *sch=ch* francesa, y no *Arcenbús*, como suele hacerse, cuando no *Arcenburs*, lo que es peor todavía.

Trepar quiero á las montañas  
Do obscuro abeto se eleva,  
Aguas corren, aves cantan,  
Y altivas las nubes vuelan.

¡Adiós, brillantes salones,  
Hombres cultos, cultas bellas!  
Trepar quiero á las montañas,  
Reir cuando abajo os vea (1).

La Ciudad de Göttinga, celebrada por sus salchichones y por su universidad, pertenece al Rey de Hannover, y contiene novecientos noventa y siete hogares, diversas iglesias, una casa de maternidad, un observatorio astronómico, una cárcel, una biblioteca y una bodega municipal, cuya cerveza es muy aceptable. El arroyo que corre ante la población se llama el *Leine*, y sirve de baño durante el estío; el agua es muy fría, y tan ancha la corriente en algunos sitios, que realmente *Lüder* debió tomar buena carrera, cuando la salvó de un salto.

La ciudad es bella, considerada en sí misma, y agrada mucho más vista de espalda. Debe contar larga fecha de existencia, pues recuerdo que, cuando hace cinco años estuve inscripto, y poco después fui relegado de ella, tenía ya el mismo aspecto gris y de prematura vejez, y estaba ya completamente provista de bedeles, perros de aguas,

(1) En la versión francesa este último verso aparece alterado, y dice: «*y dejar bajo mis pies vuestro hormiguero.*»

disertaciones, *thés dansants*, lavanderas, *compendia*, pichones asados, caballeros Güelfos, carrozas de promoción, cabezas de pipa y consejeros áulicos, de justicia, de relegación, farsantes y comparsa.

Hay quienes afirman que la ciudad fué edificada en la época de la inmigración de los pueblos, que cada tribu germánica dejó entonces en ella un ejemplar suelto de sus individuos, y que de ellos descendieron todos los vándalos, frisios, suabos, teutones, sajones, turingos, etc., que aun hoy día se ostentan en Göttinga, agrupados en hordas, que se distinguen por el color de sus gorros y la guarnición de sus pipas, en la calle de Weend, que luchan eternamente entre sí en los sangrientos campos de batalla de *Rasenmühle*, de *Ritschenkrug* y de *Bovden* (1), viviendo todavía con arreglo á los usos y costumbres del tiempo de la inmigración, rigiéndose, en parte, por sus *duces*, á quienes llaman *gallos principales*, y en parte, por su código primitivo llamado *comento*, que merece un lugar *in legibus barbarorum*.

En general, los habitantes de Göttinga se dividen en estudiantes, profesores, filisteos (2) y reata, cuyos

(1) Sitios de las cercanías, cuya traducción respectiva es: *Molino del césped*, *Cántaro rajado*, y algo referente á *setas*.

(2) Palabra estudiantil y despreciativa para designar á burgueses, tenderos, negociantes, etc., y por último, á los pedantes, cócoras y fastidiosos. Pero, bueno será oírse la explicar á los mismos alemanes. «Un filisteo es un *quidam* que no tiene por amigos más que á sí propio y á su bolsa; que al mismo Dios le lleva cuenta abierta por los céntimos que diera á un pobre aprendiz de obrero; que ante un buen traje saluda más profun-

cuatro estados no ofrecen, ni mucho menos, otros tantos grupos perfectamente distintos. El más considerable es el de reata. Sería demasiado prolijo referir aquí los nombres de todos los estudiantes y de todos los profesores ordinarios y extraordinarios; tampoco recuerdo en este momento los nombres de todos los estudiantes, y entre los profesores, hay muchos que todavía carecen absolutamente de él. Pero el número de los filisteos de Göttinga debe ser muy grande; abundan como las arenas, ó mejor dicho, como el lodo á orillas del mar; verdaderamente, cuando yo les veía por la mañana con sus rostros sucios y sus blancos abonarés, plantados á la puerta del Consejo académico, apenas podía darme cuenta de cómo pudo crear Dios tamaña caterva de pícaros.

Con toda comodidad pueden entresacarse mayores detalles, referentes á la ciudad de Göttinga, de la *Topografía* de la misma, escrita por K. F. H. Marx. Pero, aunque tenga los más sagrados deberes que cumplir para con el autor, que era mi médico y manifestó tenerme

damente que ante uno rallo: que tiene al arte y á la ciencia por cosas estúpidas, porque con frecuencia no dan pan; que se acuesta á las diez, porque el trasnochar le pone pálido; que se considera obligado á divertirse el domingo, porque se pone camisa limpia; que se tiene por piadoso, porque va ordinariamente á la iglesia, á criticar el vestido nuevo de su vecina; un ser cuya vida puede describirse en una sola línea: nació, comió, enfermó, durmió..... y murió. He ahí lo que es un filisteo.» *Benedix* (Roderich).—*Das bemooste Haupt, oder: Der lange Israël* (La cabeza musgosa, ó El largo Israël), Drama en cuatro actos. Acto 1.º, Escena 7.ª

mucho cariño (1), no puedo, sin embargo, recomendar incondicionalmente su obra, y debo censurarle el no haber desmentido con suficiente energía la falsa especie de que las mujeres de Göttinga tienen los pies demasiado grandes.

Tan cierto es esto, que hace más de un año estoy dedicado á redactar una seria refutación de dicha especie, y para verificarlo he cursado anatomía comparada, he sacado notas de los libros más raros de la biblioteca, he estudiado detenidamente los pies de las damas que pasan por la calle de Weend, y en una erudita disertación que contendrá el resultado de estos estudios, hablo: 1.º, de los pies en general; 2.º, de los pies entre los antiguos; 3.º, de los pies de los elefantes; 4.º, de los pies de las mujeres de Göttinga; 5.º, compilo cuanto acerca de estos pies se ha dicho en el merendero de Ulrico; 6.º, considero estos pies en sus relaciones, y me extendo también, con este motivo, á la pantorrilla, rodilla, etc., y, finalmente, 7.º, en el caso de que logre encontrar papel de marca suficiente, le añadiré algunas láminas con facsimile de los pies de las damas (2) de Göttinga.

Era todavía muy de mañana cuando abandoné la ciudad, y el sabio\*\* (3) yacía aún seguramente en su lecho, y soñaba, como de costumbre, que paseaba por un hermoso jardín, en cuyos acirates solamente crecían pa-

(1) En la versión francesa, en vez de, *y manifestó tenerme mucho cariño*, dice: *y me daba pocas medicinas*.

(2) En la versión francesa añade, *más distinguidas*.

(3) En la versión francesa cita su nombre: Eichhorn.

pelillos cubiertos de citas, que brillaban deliciosamente á la luz del sol; que arrancando de acá y de allá algunos, los transplantaba cuidadosamente á otro acirate, y en tanto, los ruseñores alegraban su viejo corazón con sus más dulces acentos.

Ante la puerta de Weend me encontré con dos pequeños escolares de la población, uno de los cuales decía al otro: «De ningún modo quiero juntarme ya con Teodoro, porque es un pillete que ayer no sabía cómo hace el genitivo de *mensa*.» Por insignificantes que parezcan estas palabras, me creo en el deber de repetirlas; si, hasta quisiera hacerlas esculpir sobre la puerta de la ciudad, á manera de blasón, pues los pequeñuelos pian como silban los viejos, y dichas palabras pintan con toda exactitud la orgullosa y estéril erudición de la sapientísima *Georgia Augusta*.

Soplaba en la calzada la fresca brisa matinal, y los pájaros cantaban elegremente, comunicando poco á poco á mi alma nueva frescura y alegría. Falta me hacía tal refrigerio. La última temporada me la había pasado en el establo de las Pandectas; los casuistas romanos habían cubierto mi espíritu con una especie de gris tela de araña; mi corazón estaba como oprimido entre los férreos párrafos de los egoístas sistemas jurídicos; sonaba constantemente en mis oídos algo así como: «Triboriano, Justiniano, Hermogeriano y.... Bobiciano» (1); á dos

(1) En la versión francesa se lee Boociano (Bootien), palabra también burlesca, formada sobre la griega βουτης = *pastor* ó

amantes que se hallaban sentados al pie de un árbol, con las manos enlazadas, los tomé por una edición del *Corpus juris* (1).

Empezaba ya á estar animado el camino. Pasaban las lecheras, y también los arrieros con sus rucios educandos. Detrás de Weend encontráronme Schäfer y Doris, no la idílica pareja cantada por Gessner, sino dos bien remunerados bedeles de la Universidad, que debían espiar cuidadosamente, á fin de que ningún estudiante se batiere en Boyden, y de que ningún profesor privado especulador, introdujera algunas ideas nuevas de las que aun debían sufrir cuarentena durante algunos decenios ante las puertas de Göttinga. Schäfer me saludó muy académicamente, pues es también escritor, y ha hecho frecuente mención de mí en sus escritos semestrales (2); á más de que también me ha citado con frecuencia, y si no me encontraba en casa, tenía siempre la amabilidad de dejarme la cita por escrito, con tiza, en la puerta de mi cuarto.

De cuando en cuando pasaba un vehículo tirado por un solo caballo, bien atestado de estudiantes que emprendían el camino para ir á pasar las vacaciones ó para más no volver. Pues en esta ciudad universitaria hay un constante ir y venir; cada tres años se encuentra

*domador de bueyes*; pero el original alemán dice *Dummerjian*, palabra despreciativa familiar que significa: *bobo, necio, mentecato*, etc.

(1) Falta en la versión francesa este último inciso.

(2) En la versión francesa añade: *la lista de los estudiantes*.

en ella una nueva generación de estudiantes: es un eterno río de hombres en el que una ola semestral empuja á otra, y solamente los viejos profesores permanecen quietos, en medio de este general movimiento, fijos é inmóviles como las pirámides de Egipto;—sólo que en estas pirámides universitarias no se esconde sabiduría alguna (1).

\*  
\* \*

En Rauschenwasser vi salir á caballo, del bosqueillo de mirtos, á dos jóvenes de grandes esperanzas. Una mujer que allí ejercía su profesión horizontal (2), guióles hasta la carretera, dió unas palmaditas, con mano ejercitada, sobre las enjutas ancas de los caballos, rió á carcajadas cuando uno de los jinetes le aplicó algunas galanterías con el látigo, sobre la amplitud inferior de su dorso (3), y volvióse inmediatamente hacia Bovden. Mas los jóvenes trotaron hacia Nörten, dando alegres voces y entonando de un modo bastante agradable la romanza de Rossini (4): *¡Bebe cerveza, querida Lisa!* Aun escuché largo tiempo á lo lejos el canto, si bien pronto perdí completamente de vista á los alegres cantores, pues, aunque en el fondo parecían tener un cachazudo carácter alemán (5), espoleaban y fustigaban de

(1) En la versión francesa dice: *tesoro alguno*.

(2) En la versión francesa dice: *la filosofía horizontal*, pero en el original se lee *Handwerk*, y no *Philosophie*.

(3) En la versión francesa dice: *en el mismo sitio*.

(4) En la versión francesa dice: *nuestro aire nacional*.

(5) En la versión francesa falta este entrecomado.

un modo horrible á sus caballos. Que en ninguna parte se les desuella tan atrozmente como en Göttinga, y, con frecuencia, al ver un caballejo bañado en sudor y cojeando, atormentado por un mísero puñado de forraje, como lo eran por nuestros jinetes de Raussenwasser, ó bien teniendo que arrastrar un vehículo atestado de estudiantes, pensaba yo también (1): «¡Pobre animal, seguramente tus mayores devoraron en el paraíso la cebada prohibida!»

En la hostería de Nörten volvi á encontrarme á los dos jóvenes. El uno devoraba una ensalada de arenques, y el otro se entretenía con Fusia Canina, criada de tez amarillenta, llamada también Trittvogel (2). Le decía algunas bromas y acababan por venir á las manos. Yo, con el fin de aligerar mi maleta, tomé de ella un doblado pantalón azul, muy notable desde el punto de vista histórico, y se lo regalé al muchacho de la hostería. Entretanto, Bussenia (3), la vieja hostelera, me servía pan con manteca, quejándose de que la visitara ya tan raras veces, porque es persona que me quiere mucho.

Quando dejé á Nörten á mi espalda, el sol estaba ya

(1) En la versión francesa añade: *como Voltaire*.

(2) En la versión francesa la llama *Hochequeue*, ave que mueve mucho la cola, *pajarilla*, *pajarito pequeño* y de extremada movilidad, llamado vulgarmente *aguzanicues*; pero el nombre alemán está compuesto de *Tritt* = *paso*, y *Vogel* = *ave*, este es: *Ave de paso*, calificación no menos propia, y la primitiva con que el autor designó á la criada.

(3) Este nombre parece también ser intencionado epíteto, pues *Busse* significa *penitencia*, *enmienda*.

alto y brillante en el cielo. Se portó dignamente conmigo, calentándose la cabeza de modo que todos mis pensamientos en agraz llegaron á madurar completamente.

No es de despreciar tampoco el amable Sol de la hostería de Nordheim: entré en ella y encontré dispuesta la comida. Todos los platos estaban sabrosamente condimentados, y fueron más de mi gusto que los insípidos platos académicos (1), más que la insulsa y correosa merluza seca, con su col atrasada, que me hubieran presentado en Göttinga. Y cuando estuvo mi estómago un poco satisfecho, observé que en la misma habitación de la hostería se encontraban un caballero y dos señoras disponiéndose á partir.

El caballero estaba completamente vestido de verde; hasta llevaba unos lentes verdes que proyectaban sobre su nariz, de un rojo cobrizo, un cárdeno reflejo. Se parecía al rey Nebucadnesar, considerado en sus últimos años, cuando, según la tradición, como un animal salvaje, no comía más que ensalada. Quiso el caballero verde que yo le recomendase una fonda en Göttinga, y le aconsejé que, una vez allí, preguntase al primer estudiante que encontrara por la fonda de Brühbach.

Una de las damas era su esposa, alta y dilatada señora, de rojo semblante, como de una legua cuadrada, con unos hoyuelos en las mejillas que parecían escupideras del dios del amor, con una larga, carnosa y col-

(1) En la versión francesa: *y me convenían más que la cocina académica y los eternos stohfisch de Göttinga*. En lo cual resume todo el punto del original.

gante doble barba, que pretendía ser una mala continuación de su rostro, y un voluminosísimo seno, que, cubierto con deteriorados encajes, cuyos festoneados y deshilachados bordes remedaban torrecillas y bastiones, hacía el efecto de una fortaleza, que, seguramente, como aquella otra de que habla Filipo de Macedonia, no podría resistir, ni mucho menos, á un asno cargado de oro (1). La otra señora era su hermana, y formaba un contraste completo con la que acabamos de describir. Si aquella descendía de las vacas gordas de Faraón, ésta descendía de las flacas. Su rostro era tan sólo una boca entre dos orejas, su seno desolado y seco como las laldas de Lüneburgo; toda su consumida persona parecía gratuita mesa servida á teólogos pobres.

Ambas preguntáronme al mismo tiempo si en la fonda de Brühbach se hospedaban personas decentes. Afirmé que sí, con la conciencia tranquila, y cuando partió la amable hoja de trébol (2), todavía la saludé desde la ventana. El hostelero del Sol rióse malignamente: debía saber que á la fonda de Brühbach la llamaban en Göttinga los estudiantes la cárcel.

Más allá de Nordheim el suelo va haciéndose montañoso, y acá y allá se levantan lindas eminencias. Encon-

(1) En la versión francesa este punto aparece alterado así: *su enorme seno, cubierto de raidas puntillas y festones deshilachados en forma de medias lunas y bastiones, parecía una fortaleza. No senti deseo alguno de asediarla*. Con este último punto ha sustituido el resto hasta el punto del original.

(2) La versión francesa dice: *el amable trio*.

tré en el camino gran número de mercaderes que se dirigían á la feria de Brunswick, y también un enjambre de mujeres, cada una de las cuales llevaba á cuestas una jaula, casi tan alta como un edificio, cubierta con una tela blanca. En ellas iban prisioneras aves canoras de toda especie, que piaban y gorjeaban sin cesar, en tanto que sus portadoras triscaban y charlaban alegremente. Me pareció cosa bastante cómica ver que unas aves llevaran á otras al mercado.

\*  
\* \* \*

Era de noche, negra como la pez, cuando llegué á Osterode. No tenía gana de comer, y me metí al punto en la cama. Me sentía cansado como un perro, y dormí como un dios. En sueños me volví á Göttinga y á su biblioteca.

Hallábame en un rincón de la sala de Derecho, revolviendo antiguas disertaciones; me abismé en su lectura, y al salir de mi abstracción vi con gran asombro, que era de noche, y que la sala estaba iluminada con lámparas de cristal. La campana de la vecina iglesia marcaba precisamente las doce; abrióse lentamente la puerta de la sala, y entró una orgullosa y gigantesca matrona, respetuosísimamente acompañada por los miembros y agregados de la facultad de Derecho. La gigantesca matrona, aunque entrada en años, conservaba en su rostro los rasgos de una belleza austera; cada una de sus miradas revelaba á la descendiente de los titanes, á la poderosa

Themis; llevaba descuidadamente en una mano la espada y la balanza, y en la otra tenía un rollo de pergamino; dos jóvenes *doctores juris* sostenían la cola de su veste gris pálida.

A su derecha, saltaba ágilmente, de un lado á otro, *Rusticus* (1), el flaco consejero áulico, el Licurgo de Hannover, y declamaba pasajes de su nuevo proyecto de ley; á su izquierda cojeaba con galantería y buen humor su *cavaliere servente*, el consejero particular de justicia *Cujacius* (2), siempre en busca de donaires jurídicos, y se los reía él mismo de tan buena fe, que hasta la seria diosa se inclinaba alguna vez hacia él sonriendo, le daba golpecitos en el hombro con su gran rollo de pergamino, y le decía en voz baja y amistosamente: « ¡Bribonzuelo suelto, cómo tajas los árboles de arriba abajo! » (3). Todos los restantes caballeros fueron igualmente adelantándose y tuvieron toda alguna observación que hacer y algo que reír; ya un sistemilla erigido sobre nuevas

(1) En la edición francesa le añade el apelativo *Baner*, que sin duda es una errata de las muchas que dicha edición contiene respecto á nombres. Heine querría decir *Bauer*, y, como ocurre con frecuencia, en vez de *u*, leyó el cajista *n*. Decimos que, con toda seguridad, la cosa ocurrió así, porque *Baner* no es palabra alemana que nada signifique, y en cambio, *Bauer* significa *labrador* y *campesino* en general, lo que añadido á *Rusticus*, forma *Rustico campesino*, algo así como nuestra despreciativa calificación de *destripa-terrones*. La versión francesa dice: *saltaba como un lebre!*

(2) En la edición francesa: *Cujacius*, célebre legista.

(3) En la edición francesa alterado: ¡*Mal hombrecillo, qué bien satirizas y que mal razones!*

sutilezas ó una insignificante hipótesis, ó algún aborto análogo de su propio raquíptico cerebro.

Por la puerta abierta de la sala entraron también varios señores extranjeros que se dieron á conocer como otros grandes hombres del ilustre orden, compañeros angulosos y solapados los más, que, con excesiva arrogancia, desatóronse al punto á definir y distinguir, disputando sobre cada artículo de un título de las Pandectas. Continuamente entraban nuevos personajes, viejos jurisconsultos con anticuados trajes, blancas y prolongadas pelucas y caras ha mucho tiempo olvidadas, y se asombraban mucho de ver que á ellos, altas glorias del pasado siglo, no se les dedicaba especial consideración; pero tomaban parte, á su modo, en la charla, gañidos y chilladiza general, que, como el rugir de las olas, cada vez se hacía más confuso y estrepitoso, aturdiendo á la ilustre diosa, hasta que ésta perdió la paciencia, y en un tono de gigantesco dolor, exclamó de repente:

—«¡Callaos, callaos! ¡Oigo la voz del querido Prometheo; la fuerza que insulta y el poder que calla, encadenan al inocente á la roca del martirio, y toda vuestra charlatanería, todas vuestras controversias, no pueden refrescar sus heridas ni romper sus grillos» (1).

(1) En la versión francesa alterado en esta forma: *¡Silencio! ¡Callaos! Oigo la voz de mi querido Prometheo: la fuerza insultante y la violencia muda de la santa alianza han encadenado al héroe á una roca en el Océano, y vuestra charlatanería y vuestras querellas no pueden refrescar sus heridas, y romper sus hierros.»*

Habló así la diosa, y un río de lágrimas se precipitó de sus ojos; toda la asamblea lanzó un alarido, como sobrecogida por mortal angustia; crujió la techumbre del salón, los libros cayeron de sus tablas; en vano el viejo Münshausen (1) salió de su marco para restablecer el orden; el estruendo y vocerío era cada vez más espantoso, y, huyendo de aquel ruido y batahola de casa de enfurecidos locos, fui á ponerme en salvo en la sala de Historia, en aquel lugar de asilo en que se alzan una al lado de otra las sagradas imágenes del Apolo de Belvedere y de la Venus de Médicis, y me precipité á las plantas de la diosa de la belleza. A su vista olvidé por completo la horrible tráfaga de que había escapado; mis ojos apuraron con embeleso la eúrhythmia y la eterna amabilidad de aquel benditísimo cuerpo; griega serenidad difundióse por mi alma, y sobre mi cabeza, á manera de bendición celeste, derramó Febo-Apolo los más dulces acordes de su lira.

Al despertarme, escuchaba aún gratos sonidos. Los rebaños salían á pastar, y sonaban sus campanillas. La amable y dorada luz del sol penetraba por la ventana é iluminaba los cuadros que pendían de las paredes de la

(1) Gerlach Adolfo, barón de Münschhausen, hombre de estado alemán, de una de las familias más antiguas de Hannover (1688-1770), primer ministro del electorado de Hannover, hombre ilustrado y patriota, director ó *curator* de la Universidad de Göttinga durante treinta y dos años, que enriqueció la biblioteca, reformó la enseñanza, fundó la Sociedad académica, su Diario literario y premios anuales, y proporcionó á los sabios medios para viajar por Europa.

habitación. Eran asuntos tomados de la guerra de la Independencia, en los que se hallaba fielmente representado que todos fuimos unos héroes, habiendo también escenas de ejecuciones verificadas en los tiempos de la revolución; Luis XVI en la guillotina, y otras degollaciones análogas, que no podían mirarse sin dar gracias á Dios porque se encontraba uno descansando tranquilamente en su lecho, tomaba buen café, y conservaba muy agradablemente todavía la cabeza sobre los hombros.

Después de tomar café, vestirme, leer las inscripciones de los vidrios de las ventanas, y de haberlo arreglado todo en la hospedería, abandoné á Osterode.

Esta ciudad tiene tantas y cuantas casas, diferentes habitantes, y entre ellos muchas almas, según con mayor exactitud puede verse hojeando el *Manual del viajero del Hartz*, de Gottschalk. Mas antes de emprender carretera adelante, subí á ver las ruinas de la primitiva fortaleza de Osterode, consistente ya sólo en la mitad de una gran torre de espesos muros, que parece devorada por un cáncer. El camino que va á Klausthal me condujo otra vez montaña arriba, y desde la primer altura contemplaba aún allá abajo el valle en que se divisaba la ciudad, cuyos rojos tejados salían, de entre sus verdes bosques de abetos, á manera de una rosa de musgo. El sol enviaba una luz dulce y tenue. Desde este punto se veía la imponente espalda de la media torre que aun se mantenía en pie.

\* \* \*

Aun existen en esta comarca muchos otros restos de fortalezas. El de Hardenberg, en Nörten, es el más bello. Y si, á fuer de liberal, tiene uno, como es debido, el corazón al lado izquierdo, no puede defenderse de todo sentimiento elegíaco, en presencia del nido roquizo de aquellas privilegiadas aves de rapiña, que desde el momento en que salen aún débiles del huevo, ya han heredado un poderoso apetito. Así me encontraba yo esta mañana; á medida que me alejaba de Göttinga se iba desheliendo poco á poco mi inspiración; volví á recobrar mi espíritu romántico, y, por el camino compuse la siguiente canción (1):

¡Alzaos sueños antiguos!  
¡Abre, corazón, tus puertas!  
¡Canto alegre y lloro triste  
Fluya en abundosa vena!

Quiero vagar entre abetos  
Do el agua brotando alegre,  
Los ciervos pasan altivos  
Y amante el zorzal gorjea.

Trepar quiero á las montañas,  
Allá sobre abrupta peña,  
Do de un castillo las ruinas  
De aurora á la luz se muestran.

(1) Desde el principio del párrafo hasta el fin de la poesía falta en la versión francesa.

Cabe ellas iré á sentarme  
Pensando en antiguas épocas,  
En viejas razas viriles,  
En derrocadas grandezas.

La hierba cubre la plaza  
Do altivo noble esgrimiera,  
Que á los fuertes derribando,  
Venció en la ruda pelea.

Hiedra crece en los balcones  
Do asomaron damas bellas,  
Que al vencedor orgulloso  
Con sus miradas vencieran.

¡Ay, vencedor, vencedoras,  
Derribó la muerte fiera!....  
¡Ese campeón escualido  
A todos tiende en la arena!

Después de haber caminado largo trecho, me encontré con un joven artesano que venía de Brunswick, y me refirió, como un rumor que allí circulaba, que el joven Duque había sido hecho prisionero por los turcos, camino de Tierra Santa, y que sólo podría recobrar su libertad mediante un fuerte rescate. El largo viaje del Duque tal vez dió ocasión á este cuento, pues el pueblo conserva siempre esa propensión psicológica á lo tradicional y fabuloso, que tan deliciosamente se manifiesta en

su *Duque Ernesto*. El narrador de dicha novedad era un oficial de sastre, un gentil adolescente, tan delgadito, que á través de él, podrían percibirse las estrellas, como á través de los nebulosos fantasmas de Ossian, y era, en suma, popular y barroca mezcla de buen humor y de melancolía. Esta última manifestábase singularmente en él en la manera picarescamente conmovedora como cantaba la admirable canción popular:

«En el seto un insecto posó,  
¡Zúm..... zúm!....»

Lo que hay de bueno entre nosotros, los alemanes, es que no existe uno tan perturbado que no encuentre otro aun más que él que le comprenda. Y sólo un alemán puede identificarse con el sentimiento de esta canción hasta el punto de morirse de risa y de pena. También apreció en este momento cuán profundamente ha penetrado en la vida popular la palabra de Göthe, pues mi sutil compañero de viaje de tiempo en tiempo canturreaba por lo bajo:

«¡Ya alegre, ya triste, es libre el pensar!»

Semejante corrupción del texto es, en cierto modo, frecuente en las clases populares (1).

(1) Se trata de una de esas alteraciones por sustitución de una palabra por otra de sonido análogo, que altera en mucho el sentido y alcance de la composición.

Cantó también otra canción en que se entristece Carlota antes la tumba de su Werther, y el sastre desbordó su sentimentalismo en la frase:

«¡Vengo á llorar donde surge la rosa,  
Do tarde la luna mil veces nos vió,  
Gimo alrededor de la fuente amorosa  
Que tantas delicias fluyendo arrulló!»

Pero poco después sobrepúsose en él la travesura y me refirió lo siguiente: «Tenemôs en Cassel, en la casa del gremio, un prusiano que compone canciones como éstas; no da puntada de provecho; cuando tiene un cuarto en el bolsillo, tiene dos de sed, y cuando está borracho, toma el cielo por una chupa azul, llora como un canalón y canta una canción con poesía doble.»

Deseé que me aclarara su última frase, pero mi sastrecillo saltaba de un lado á otro sobre sus piernecitas de cabra montés, repitiendo siempre: «¡La poesía doble es la poesía doble!» Por fin deduje que quería decir poesía con rimas dobles, y particularmente, estancias.

Entretanto, el exceso de movimiento y el viento contrario habían cansado extraordinariamente al caballero de la aguja. Verdad es que se dispuso decididamente á andar, y aun añadió la siguiente bravata: «Ahora tomo el camino entre piernas.....» Pero pronto se quejó de que se le habían levantado ampollas en los pies, de que el camino no se acababa nunca, y, por último, se dejó caer dulcemente sobre el tronco de un árbol, agitó su

tierna cabecita como cola de cordero afligido, y sonriendo melancólicamente exclamó: ¡Ah, pobre acémila, qué cansado estás!

Hacianse aquí las montañas más escarpadas, los bosques de abetos fluctuaban abajo como un verde mar, y arriba, en el cielo azul, bogaban las blancas nubes. La unidad, y al mismo tiempo la simplicidad del país, atenuaban su aspecto salvaje, pues la Naturaleza, como buen poeta, no gusta de bruscas transiciones. Por más extrañamente contorneadas que á veces aparezcan las nubes, colóranse de un matiz blanco ó de un tinte suave que corresponde armónicamente al azul del cielo y al verde de la tierra; todos los colores de un paisaje se funden entre sí, como los acordes de suave música, y el aspecto de la Naturaleza calma nuestros nervios y tranquiliza nuestro ánimo. El difunto Hoffman hubiera pintado las nubes de abigarrados colores; mas, precisamente, la Naturaleza, como un gran poeta, sabe producir los efectos más grandes con poquisimos medios, que no son más que un sol, árboles, flores, agua y amor. Mas, seguramente, si falta el último en el corazón del espectador, presentará todo un miserable aspecto, y el sol tendrá entonces no más que tantas ó cuantas leguas de diámetro, los árboles serán buenos para leña, las flores para clasificadas según sus estambres, y el agua una cosa húmeda.

Un chiquillo que buscaba en el bosque leña menuda para su tío enfermo, me mostró la aldea de Lerrbach, cuyas chozuelas, coronadas por grises techumbres, se

extendían como media legua á través del valle: « Ahí— me dijo el muchacho— viven imbéciles con papera y negros blancos », que así son vulgarmente denominados los albinos. El chiquillo se hallaba en buena inteligencia con los árboles; los saludaba como á buenos amigos, y ellos parecían contestar á su saludo murmurando. Pió como un canario, por doquiera le contestaron gorjeando los demás pájaros, y antes que yo notarlo pudiese, ya había desaparecido entre la espesura del bosque con sus pies descalzos y su hacecillo de ramas. Los niños, pensaba yo, son más jóvenes que nosotros, pueden acordarse todavía de cuando fueron árboles ó pájaros, y se hallan aún en estado de comprenderlos; pero nosotros somos ya viejos y tenemos demasiados cuidados, demasiada jurisprudencia y hartos malos versos en la memoria para hacer lo mismo.

\*  
\* \* \*

Al entrar en Klausthal, presentábase vivamente á mi memoria el tiempo aquel en que las cosas pasaban de otro modo (1).

Llegué á esta linda y diminuta ciudad, que no es visible hasta que no se encuentra uno á sus puertas, precisamente cuando las campanas marcaban las doce, y los

(1) Este último punto está algo abreviado en la versión francesa.

niños salían de la escuela alegremente. Aquellos lindos pequeñuelos, casi todos ellos de mejillas sonrosadas, azules ojos y cabellos del color del lino, saltaban y chillaban gozosos, y despertaban en mí el sereno, pero melancólico recuerdo de un tiempo en que, siendo un estudiancillo, en el sombrío convento católico de Düsseldorf, no podía levantarme en toda la mañana de mi banco de madera, teniendo que sufrir tanto latín, tantas palizas y tanta geografía, y en que gritaba y me regocijaba extraordinariamente cuando la vieja campana de los franciscanos dejaba oír las doce (1).

Por mi maleta conocieron los niños que yo era forastero, y me saludaron muy hospitalariamente. Uno de ellos me contó que acababan de tener conferencia de Religión, y me mostraba el Catecismo real de Hannover, con arreglo al cual se les examinaba de cristianismo. Este librito estaba muy mal impreso, y temí que por ello el dogma de fe hiciera en el espíritu de los niños una impresión igualmente desagradable y borrosa; como también me causó desagradable temor el ver que la tabla aritmética, que pugna de un modo peligroso con el dogma de la Santísima Trinidad, estaba impresa en su última página; cosa que puede llegar á inspirar á los niños impías y prematuras dudas. En esto somos mucho más prudentes los prusianos, y en nuestro celo por convertir á aquellas gentes, tan diestras en contabilidad, nos

(1) Este último punto, algo alterado en la versión francesa, *dolorosamente riente*, en vez de *sereno pero melancólico*.

guardamos bien de dejar imprimir la tabla detrás del Catecismo (1).

Comí en la hostería de *La Corona* de Klausthal. Tomé una sopa verde primaveral con perejil, lombarda, un asado de ternera, grande como un Chimborazo en miniatura, y también una especie de arenques ahumados, que llaman *bückingas* (2), del nombre de su inventor, Guillermo Bücking, muerto en 1447, quien, en virtud de tal descubrimiento, fué tan honrado por Carlos V, que en 1556 viajó éste desde Middelburgo á Bievlied, en Zelanda, tan sólo por visitar la tumba del grande hombre. ¡Qué soberanamente sabe un manjar cuando se conocen las noticias históricas á él referentes, y se le come (3)!

Sólo se me quitó la gana de tomar café después de la comida (4), pues un joven tomó asiento á mi lado para pronunciar un discurso, y charló de un modo tan horrible, que se cortó la leche encima de la mesa (5). Era un joven dedicado al comercio, con veinticinco abigarrados

(1) En la versión francesa ha sido abreviada esta última parte, habiendo suprimido la frase *y en nuestro celo por convertir á aquellas gentes tan diestras en contabilidad*.

(2) La *ü* con dos puntos se pronuncia como *u* francesa.

(3) En la versión francesa falta: «*y se le come*», que es, sin duda, lo esencial.

(4) En la versión francesa se lee: *Sólo una fatalidad envidiosa me privó de mi café*.

(5) Algo exagerado es esto último, pero la versión francesa dice: *le lait tourna dans le vase*, en el mismo sentido de *torcerse*, y en alemán no cabe duda alguna, pues dice: *sauer wurde*; á la letra, *se puso ácida*.

chalecos, otros tantos sellos de oro, anillos, alfileres de pecho, etc. Pareciase á un mono vestido con un ajustado chupetín rojo, que va diciendo por sí mismo: ¡Se hacen trajes! (1) Sabía de memoria una inmensa multitud de charadas y anécdotas, que siempre citaba cuando menos venían al caso. Me preguntó qué ocurría de nuevo en Göttinga, y le referí que antes de mi partida se había publicado un decreto del Senado académico en el que, bajo la pena de tres *thalers* de multa, se prohibía cortar la cola á los perros, puesto que, durante la canícula, los perros rabiosos llevaban la cola entre piernas, y, por tanto, podía distinguirse de los no rabiosos, lo cual no podría ocurrir si careciesen de cola.

Después de comer me puse en camino á fin de visitar las minas, las fundiciones de plata y la casa de moneda.

En las fundiciones de plata, como ocurre muchas veces en la vida, no vi la plata. En la casa de moneda logré ya más, y pude ver cómo se fabrica el dinero. A decir verdad, nunca pude pasar de ahí. Tampoco en esta ocasión gocé más que de su vista, y creo que si los *thalers* hubieran llovido del cielo, yo no hubiera obtenido de semejante lluvia más que algunos agujeros en la cabeza, mientras que los hijos de Israel habrían recogido gozosos el argentino maná.

Con un sentimiento en que cómicamente se mezclaban el respeto y la emoción, contemplé los recién nacidos y brillantes *thalers*, tomé en la mano uno que acababa de

(1) Falta este punto en la versión francesa.

salir del troquel, y le dije: ¡Oh, joven thaler, qué destino te está reservado! ¡Cuántos bienes y cuántos males causarás! ¡Cómo protegerás el vicio y zurcirás la virtud! ¡Cómo serás amado para ser luego maldecido! ¡Cómo servirás de medio á disipaciones, tercerías, embustes y asesinatos! ¡Cómo circularás, sin reposo, pasando de manos limpias á sucias, hasta que al fin, cargado de culpas y cansado de pecados, seas reunido á los tuyos en el seno de Abraham, que te funda y purifique y te convierta á una nueva y mejor existencia; quizá en una inofensiva cucharilla de té con que algún día remueva su papilla mi propio tataranieto! (1)

Encontré sumamente interesante el descenso á las dos principales minas de Klausthal, *Dorothea* y *Carolina*, y me creo en el deber de referirle circunstanciadamente.

A media hora de camino de la ciudad, se llega á dos edificios grandes y negruzcos. Allí le reciben á uno los mineros. Visten éstos un chaquetón azul obscuro, que les llega á los muslos, pantalón del mismo color, un mandil de cuero atado á la espalda, y un sombrerillo verde de fieltro, desprovisto de alas, á modo de cono truncado. Pónese el visitante un traje análogo, á excepción sólo del mandil, y un minero, un maestro, le conduce hasta una abertura sombría, parecida al tubo de una chimenea; descendiéndole él hasta la altura de su pecho, le da reglas acerca de la manera de sostenerse en las es-

(1) En la versión francesa termina en *existencia* el párrafo, suprimiendo el resto.

calas, y le invita á seguirle con tranquilidad. La cosa no tiene en sí misma nada de peligroso; pero no lo cree uno así al principio, sobre todo, cuando nada se entiende de minería.

Ya produce una impresión *sui generis* lo de tener que vestirse un traje sombrío que se asemeja al de los penados. Después hay que bajar apoyándose en manos y pies; el obscuro agujero lo es mucho, y sabe Dios cuál puede ser el largo de la escala. Pero pronto se repara en que no es una sola la que descende hasta el fondo de aquella negra eternidad, sino que son varias de quince á veinte peldaños, cada una de las cuales conduce á una tablita, en que puede uno detenerse, y en la que se abre un nuevo agujero y comienza una nueva escala.

Bajé primero á la *Carolina*, que es la *Carolina* más sucia y desagradable que he conocido. Los peldaños de la escala están húmedos de lodo, y va uno descendiendo, pasando de una escala á otra, precedido del maestro, que asegura continuamente que no hay peligro alguno, ni más que afirmar bien las manos en los peldaños, no mirar á los pies, no sufrir vértigo, y sólo pisar en el cuerpo de la tabla, nunca en el lado, por donde sube la crujiente maroma de los toneles, y por donde, catorce días antes, se precipitó un imprudente y, por desgracia, se desnucó.

Abajo hay un ruido y un murmullo confuso; se oza uno continuamente con tirantes y maromas en movimiento, para izar los toneles llenos de trozos de mineral ó del agua que se rezuma. De cuando en cuando, llega

uno á pasadizos transversales, llamados galerías, donde se ve crecer el metal, y donde el solitario minero se pasa todo el día arrancando penosamente de la pared los pedazos de ganga, á golpe de martillo.

No descendí hasta lo más profundo de la mina, desde donde, según afirman algunos, se puede ya oír cómo las gentes de América gritan: ¡*Hurrah, Lafayette!*! pero, dicho sea entre nosotros, el punto á donde llegué, me pareció ya bastante profundo: oíanse ruidos y zumbidos incesantes, extraño movimiento de máquinas, rumor de subterráneos manantiales; mana el agua por todos lados, humeantes vapores terrestres se elevan, y la luz de la lámpara, palideciendo cada vez más, oscila en la solitaria noche.

Verdaderamente, aquello era aturdidor, la respiración se hacía difícil, y sosteníame con trabajo en los peldaños resbaladizos. No experimenté ningún acceso de vértigo, pero, cosa extraña, allí, en aquel abismo, me acordé de que el año anterior, casi por la misma época, había corrido una tempestad en el mar del Norte, y pensaba en este momento, que era, de seguro, mucho más agradable sentir cómo el buque se bambolea, y los vientos ejecutan su sonata de trompetería, y en medio de tal estruendo, oír el alegre vocear de los marinos, todo ello bañado por el fresco y libre ambiente que Dios envía. ¡Ah, el ambiente!

Para aspirar el aire, volví á subir algunas docenas de escalas, y el maestro me condujo, á través de una estrecha y larguísima galería abierta en la montaña, á la mina Dorotea.

Aquí había más alegría y frescura y las escalas eran más limpias, pero también más largas y empinadas que en la Carolina. Aquí me hallaba más á gusto, ante todo volví á encontrar huella de personas vivientes. En el fondo se veían también errantes luces; los mineros que con sus lámparas ascendían poco á poco, nos saludaban diciendo: «¡*Feliz subida!*» saludo que les era devuelto por nuestra parte y pasaban. Asaltóme un recuerdo afectuoso y tranquilo; pero al mismo tiempo atormentadoramente enigmático al ver la clara y pensativa mirada, los semblantes gravemente piadosos, algo pálidos y misteriosamente iluminados, de aquellos hombres jóvenes y viejos, que se habían pasado el día entero en la solitaria cortadura, y ahora subían anhelantes en busca de la amada luz del día y de la vista de su esposa é hijos.

Mi propio *cicerone* era un alemán adicto y fiel por naturaleza, como un perro de aguas. Me enseñó, con íntima alegría, el sitio en que el Duque de Cambridge comió con todo su séquito, cuando bajó á la mina, y donde estaban aún la extensa mesa de madera del festín y el sillón de mineral en que el Duque se sentara. «Esto debe conservarse para eterno recuerdo»—me dijo el buen minero—y me refirió, con entusiasmo, cuantas fiestas tuvieron entonces lugar; cómo se adornaron todas las galerías con luces, flores y ramaje, y un joven minero tocó la guitarra y cantó; cómo el complacido, amable y craso Duque bebió sendas copas á la salud de todos, y cómo muchos mineros, y en particular él, se hubieran

dejado matar por el amable y panzudo Duque y por toda la Casa de Hannover.

Me siento íntimamente conmovido siempre que veo cómo se manifiesta este sentimiento de fiel sumisión en el sencillo natural del vulgo. ¡Es un sentimiento tan hermoso! ¡Es un sentimiento tan verdaderamente alemán! Podrán otros pueblos ser más aptos, más ingeniosos, más graciosos, pero ninguno tan fiel como el pueblo alemán. A no saber que la lealtad es tan antigua como el mundo, creería que un corazón alemán la había inventado. ¡Oh, la lealtad alemana no es una moderna fórmula de mera cortesía! En vuestras cortes se cantará y volverá á cantar, ¡oh príncipes alemanes!, la canción del fiel Eckart y del mal Burgondo, que había hecho dar muerte á los hijos amados de aquél, y no obstante siempre le encontró adicto. Tenéis un pueblo fidelísimo, y os equivocáis al creer que el viejo perro, inteligente y leal, pueda enfurecerse de pronto y atentar á vuestras sagradas pantorrillas (1).

Como la fidelidad alemana, la lámpara del minero, sin grandes resplandores, nos había guiado tranquila y seguramente á través del laberinto de excavaciones y galerías; salimos de la húmeda noche de la mina; el sol estaba radiante.—¡Feliz subida!

\*  
\* \*

La mayor parte de los trabajadores de las minas vi-

(1) Falta este párrafo en la versión francesa.

ven en Klausthal y en Zellerfeld, pequeña población de la montaña, inmediata á aquélla. Visité á muchas de estas buenas gentes; reparé en el arreglo de sus casitas; escuché algunas de sus canciones, que se acompañaban muy lindamente con la guitarra, su instrumento favorito; hice que me narrasen antiguos cuentos de la montaña, y hasta que me repitiesen las plegarias que acostumbran á recitar juntos antes de descender á las sombrías excavaciones, alguna de las cuales he recitado con ellos. Un maestro anciano pensó hasta en que debía quedarme con ellos y hacerme minero; y cuando me despedí me hizo un encargo para su hermano, residente en las cercanías de Goslar, y el de que diera muchos besos á su querida sobrina.

Por inmóvil y tranquila que parezca la vida de estas gentes, es, no obstante, una verdadera vida animada. La decrepita y temblorosa anciana que, frente á un gran armario, está sentada al otro lado de la estufa, puede que haga un cuarto de siglo que se sienta allí, y sus pensamientos y sentimientos están seguramente identificados con todos los ángulos de la estufa y con todos los cincelados del armario. Y armario y estufa viven, porque un hombre les ha inspirado una parte de su alma.

Solamente en esta vida de profunda intuición, de relación inmediata, tienen su origen los cuentos alemanes, cuyo carácter consiste en hacer hablar y obrar no sólo á los animales y á las plantas, sino también á todos los objetos que aparecen inanimados. A un pueblo pensador y sin pesares, en la tranquila y pacífica intimidad de sus

29142

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, MEXICO

chozuelas de la montaña ó del bosque, manifestóse la vida interior de tales objetos, que adquirieron un carácter necesario y consecuente, dulce mezcla de capricho fantástico y de puro sentimiento humano; y así vemos en los cuentos cosas maravillosas, como si se explicaran por sí mismas: agujas y alfileres vienen del albergue de los sastres y se pierden en las tinieblas; la pajita y el carbón quieren atravesar el arroyo y perecen; el cogedor y la escoba están en la escalera, regañan y se pegan; el espejo interrogado presenta la imagen de la mujer más hermosa (1); hasta las gotas de sangre comienzan á hablar siniestras palabras de la más peligrosa compasión.

Por la misma razón es tan infinitamente significativa nuestra vida en la infancia; en aquella época todo nos es igualmente importante, lo oímos todo, lo vemos todo, hay proporcionalidad en todas las impresiones, en vez de ser intencionados, como sucede más tarde cuando obramos aislada y exclusivamente, cambiando con trabajo el oro puro de la intuición por el papel moneda de las definiciones de los libros, con lo que nuestra vida gana en extensión lo que pierde en profundidad.

Ahora ya somos personas formadas y distinguidas; ocupamos con frecuencia una nueva habitación; la criada arregla y modifica como le parece la colocación de los muebles, que nos interesan poco, que, ó son nuevos ú hoy pertenecen á Juan y mañana á Isaac; hasta

(1) Así ve Fausto á Margarita por primera vez en el poema de Göthe.

nuestros vestidos nos son extraños; apenas sabemos cuántos botones tiene el frac que llevamos sobre nosotros en este momento; cambiamos cuanto podemos de prendas de vestir, ninguna de ellas se relaciona con nuestra historia interna y externa.....; Apenas podemos acordarnos del efecto de aquel chaleco gris, que tantas risotadas nos proporcionó, y sobre cuyas anchas rayas se posó tan deliciosamente la mano de nuestra amada!

La anciana, sentada frente al gran armario, al otro lado de la estufa, vestía una falda floreada de una tela de lana, ya antigua, que fué del traje de boda de su difunta madre. Su biznieto, muchacho blondo, de ojos brillantes, vestido al modo de los mineros, estaba sentado á sus pies y contaba las flores de su falda, acerca de la cual le habría contado ella muchas historias, muchas serias y lindas historias que seguramente no olvidará tan pronto el joven; pues en breve, cuando, como un hombre hecho y derecho, trabaje solitario, sumido en la noche de las gale-rías de la Carolina, flotarán todavía con frecuencia ante él, acaso las volverá á referir, cuando ya haga mucho tiempo que falleciera la querida abuela, y él mismo, ya extinto anciano de argentados cabellos, se sentará en el círculo formado por sus nietos, frente al gran armario, al otro lado de la estufa.

Pasé la noche también en la *Corona*, á cuya hostería había llegado en tanto, de Göttinga, el consejero áulico B. (1), y tuve el gusto de ofrecer mis respetos al anciano

(1) Buterweck, en la versión francesa.